

REVISTA DE MARINA

Valparaíso (Chile) Marzo — Abril 1981

Volumen 98

Número 2

EDITORIAL



EL PESO DEL DÍA

Es conocida la expresión el **peso de la noche**, acuñada en los tiempos de nuestra formación republicana, para referirse a esa actitud de desgano que evidenciaba el pueblo chileno de la época frente al orden social y los asuntos políticos. Ese rasgo tuvo su origen, al parecer, en los largos siglos de firme ejercicio de la autoridad civil y militar de los gobernadores peninsulares de esta Capitanía General, y mantuvo su vigencia aun después de los fundamentales cambios en el régimen político nacional, hasta que la práctica ciudadana, con el correr de los años, lo ha reducido significativamente.

En nuestra realidad nacional se evidencia otra actitud predominante en el comportamiento de su pueblo, particularmente de sus élites conductoras: la débil percepción del factor geográfico y de sus efectos sobre la vida nacional. Por ser un hecho real que lo hemos vivido desde la independencia y está vigente hasta nuestros días, podemos denominarlo como el **peso del día**.

Este rasgo nacional, como muchos de los de esencia cultural, ha sido influido en gran medida por corrientes

ideológicas provenientes de las naciones europeas, rectoras del mundo occidental. En este caso, como en muchos otros, las orientaciones foráneas han sido asimiladas con serias distorsiones, conformando modalidades peculiares no siempre coincidentes con la impronta original.

El espíritu hispano era decididamente perceptivo de la realidad geográfica; rotundamente colmado en el siglo xvi, el progresivo decaimiento del imperio español afectó dolorosamente a una mentalidad consciente de lo que perdía. El proceso político de nuestra independencia, sin embargo, atenuó psicológicamente su mensaje; no obstante, el propio O'Higgins, hijo de un ilustre gobernador y virrey con especial sentido geográfico, conservó de por vida esta simiente espacial, ratificada cabalmente con la creación del poder naval chileno, la expedición libertadora del Perú y su dramático llamado: "Magallanes". Las derivaciones propias del asentamiento de nuestra nacionalidad minimizaron el legado hispano, que fue desestimado por los núcleos más influyentes de la nueva república. .

El positivismo del siglo xix condujo a la intelectualidad internacional por los senderos del progreso, teóricamente sin tope, en la medida que pudieran superarse las limitantes naturales, solamente eficientes como tales en tanto no las alcanzara el conocimiento científico de su realidad intrínseca. Los factores geográficos, destinados hasta la época a ser descubiertos pero no modificados, perdieron su calidad de hechos permanentes e intocables en sí, convirtiéndose en simples fenómenos naturales afectos a la física, la química o la biología. La geología, la zoología y la botánica se aliaron con la ingeniería civil, de minas y agrícola, para liberar al hombre de la geografía y ponerla, además, a su servicio. La geografía como tal, una simple descripción, quedaba postergada en el esquema científico vigente. Paralelamente, las declaraciones de prohombres del Olimpo victoriano, como las de Darwin sobre la Patagonia, impactaron demolidoramente en la naciente intelectualidad chilena de la época, la que, deslumbrada por los conceptos utilitaristas en que devino el positivismo inglés, estableció como norma tácita la subvaloración del elemento territorial en sí, especialmente de sus aspectos "situación" y "extensión", considerándolos intrascendentes para el progreso de la sociedad chilena. Lo anterior, porque dicho progreso se sustentaba, esencialmente, de acuerdo con su concepción evolucionista y naturalista, en la capacidad humana para luchar por su existencia y para adaptarse al medio; para ello era decisivo disponer de recursos

naturales claramente abundantes y aplicar sobre ellos la racionalización matemática y la invención mecanicista que aseguraran su más provechosa explotación. La mentalidad minero-agraria dominante orientó la visión chilena hacia los piques y las sementeras, sin percatarse que los propios ingleses, con su práctica librecambista, aplicaron acertadamente el utilitarismo en un marco oceánico, dándole a los espacios geográficos, en cuanto a extensión y, sobre todo, a posición, el alto valor que tienen en esa perspectiva mundial.

Así, la despreocupación chilena por las áreas territoriales limítrofes al norte y al este, particularmente inhóspitas y aparentemente carentes de recursos naturales, alcanza en esa época niveles de irresponsabilidad, dejando impunes flagrantes atropellos cometidos por otros Estados, decididamente amantes de la geografía en sí. Tanto es así, que la guerra contra la confederación Perú-boliviana, en 1836-39, no tuvo jamás en vista un objetivo territorial, sino meramente político (la disolución de la confederación), y la victoria de Yungay no agregó un solo acre a nuestro territorio ni afianzó siquiera nuestra histórica soberanía sobre el litoral nortino.

*La realidad internacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX, con su densa carga de gravitación geográfica, que se manifiesta en el auge del expansionismo colonialista, no alcanza a golpear en Chile a las mentes políticamente influyentes, dominadas siempre por un enfoque antiterritorialista obnubilante. Tan fuerte es este sentimiento en la élite conductora, que los incrementos territoriales al norte del Loa, obtenidos al altísimo costo de preciosas vidas e ingentes esfuerzos nacionales de todo orden, impulsados por una superación espontánea del peso del día a nivel popular, son retenidos más bien como prenda de negociación diplomática que pensando en su incorporación real al dominio nacional, ya que tales espacios, más allá de aquéllos estrictamente valiosos en el recurso natural salitre, no tenían **per se**, para tales minorías dirigentes en cuyas manos estuvo lograr la consolidación de los destinos nacionales, ningún sentido especialmente significativo para el futuro del país. Igual ausencia de sentido geográfico acusa la negociación por los espacios del este. Sólo el estrecho y las áreas al sur retienen el interés nacional, alertado por la influencia de los círculos marítimos.*

Las proezas de ingeniería en los canales de Suez y de Panamá acentuaron la actitud de menosprecio por la geografía, sin caer en cuenta que, pretendiendo dominarla, tales

*obras no hacían sino confirmar su importancia, pues creaban nuevas situaciones geográficas que repercutirían significativamente en las modalidades de relación, no sólo en las áreas geográficas inmediatas, sino entre todos los pueblos de la tierra. En Chile, el **peso del día** sepultó en la mente de muchos la importancia de nuestra región austral, dificultando hasta hoy la valoración adecuada de esos espacios geográficos.*

A mediados del siglo actual, los excesos de la escuela geopolítica alemana, asociada a las concepciones racistas y expansionistas de la doctrina nacional-socialista y a la conducción política del Tercer Reich, tendieron sobre toda la disciplina de la geopolítica, fundamentalmente encomiástica de la geografía, un manto de desprestigio; ello fortaleció la posición de los antiterritorialistas que extrapolaron erróneamente una situación válida para un caso específico, extendiéndola como una concepción genérica descalificadora, lo que tuvo amplia acogida en los medios políticos e intelectuales chilenos, tradicionalmente proclives a tales planteamientos.

En este marco conceptual antigeográfico y antigeopolítico, toda preocupación académica que versara sobre tópicos de este orden ha sido considerada, comúnmente, como carente de seriedad, dificultando con ello su debido desarrollo y perfeccionamiento así como su interrelación con otras disciplinas. Con mucha frecuencia se la ha considerado como un área de estudios exclusivamente militar, vinculada más bien a la estrategia que a la política o a las relaciones internacionales, y relegándola, por ello, a los extramuros de los centros civiles de excelencia.

*El **peso del día**, ejerciendo su distorsionador efecto sobre la conformación cultural de los estratos más influyentes de la sociedad chilena, se mantiene en plena vigencia en nuestros días. Recientes investigaciones pedagógicas destacan la débil preparación que tienen en geografía los egresados de nuestra educación media. Por otra parte, son escasísimas las carreras universitarias con implicancias geográficas, y los grados académicos y títulos profesionales de esta área de estudios son de rango medio y no concitan mayormente el interés de nuevas generaciones. Por último, las actividades de investigación y extensión universitaria rara vez se preocupan de abordar aspectos substantivos del conocimiento geográfico.*

Es así como los chilenos más cultos tienen, por formación básica, un escaso interés por la geografía; sus conocimientos en este campo son, por lo general, muy rudimentarios y, lo que es aún más importante, su predisposición anímica para considerar que el destino de los pueblos pueda radicar, en alguna medida, en sus habilidades para dominar y proyectar la situación y configuración geográfica de su lugar de asiento, está generalmente inhibida. En muchos casos, incluso, la objetividad intelectual para aceptar que las relaciones internacionales son afectadas, en mayor o menor grado, por las características territoriales y espaciales que sitúan y rodean a los Estados, es virtualmente nula. En la práctica, todo intento por desarrollar un enfoque que pretenda corregir tales deficiencias requiere violentar casi angustiosamente a toda una mentalidad que ha sido desarrollada desde la infancia, y por generaciones, menospreciando el factor geográfico.

Para un país como Chile, esto es paralizante. Su realidad esencial está fundamentalmente condicionada por sus características geográficas, extraordinariamente peculiares, tanto por su situación como por su configuración.

La situación geográfica de Chile —el de siempre y el de hoy— se caracteriza por su desvinculación territorial, ya que ocupa en gran medida el más inaccesible extremo de América, que es, a su vez, el continente más aislado del mundo. Por añadidura, pertenece al hemisferio austral, que contiene apreciablemente menos tierras que el boreal; de ahí que se enfrente a todas sus aguas circundantes, medio fundamental de su vinculación mundial, con una perspectiva de inmensidad que ejerce una presión psicológica extrema, pues transmite, sin ambages, una sensación de aislamiento real que la percibe hasta el más avezado navegante, cuánto más el simple habitante chileno, educado sin motivación espacial alguna.

La configuración geográfica de Chile, por su parte, amplía el sentido de aislamiento derivado de su situación. Su dilatado litoral, extendido rectamente en el sentido de los meridianos, crea regiones climáticas diferenciadas que aumentan sensorialmente las distancias geográficas; no cuenta con islas próximas ni escotaduras costeras de significación en el área correspondiente al habitat poblacional mayoritario, con lo cual aumenta las dificultades para que los chilenos, incluso los de costa, se animen a incursionar por las aguas ribereñas, frenando en su gestación los escasos impulsos de ambientación marítima que hubieran podido superar la inhibición de nuestra sociedad antigeográfica.

Ante esta situación de ser un país en que su esencia geográfica ha exigido y exige de su pueblo la capacidad de vincularse al mundo a través de mares, cordilleras, pampas y desiertos, se alza la paradójica realidad de una cultura nacional carente de sentido geográfico. Como una espontánea reacción romántica ante la presión insostenible de este molde conceptual que le ha encerrado en una jaula de oro, el pueblo chileno ha desarrollado un cálido amor por el terruño, que es fecundo en lazos sentimentales y prácticos a nivel individual y familiar; pero esta mistificación distorsiona gravemente el verdadero sentido espacial de los estratos superiores de la sociedad, limitando sus horizontes a ámbitos insignificantes. Este modo de ser nacional aceptó con facilidad la influencia del romanticismo decimonónico francés, imponiéndose como tendencia una preocupación especial por el hombre individualmente considerado, por su entorno inmediato y sus circunstancias contingentes, en desmedro de la preocupación por el cuerpo social, su amplio ámbito geográfico y su dilatada proyección en el tiempo. Evidentemente, ello no ha ayudado al pueblo estatal para enfrentar los desafíos que le plantea tanto la situación geográfica del país cuanto su configuración territorial.

Los espacios marítimos circundantes son las vías naturales de proyección y vinculación de Chile con el extenso e interdependiente mundo de nuestros días. Aún más, su situación geográfica hace de nuestro país el puente natural de vinculación mundial de otros países vecinos y paravecinos que no disponen de nuestra excepcional condición de país costero, particularmente en aquellos tramos ribereños del más extenso y rico océano del planeta. Con todo, de poco sirve disponer de tales factores positivos si una mentalidad renuente a comprender la significación de la realidad geográfica no discurre las orientaciones educacionales ni las combinaciones socio-económicas que hagan viable nuestro insoslayable destino marítimo nacional.

* * *

Nunca como antes, hoy es necesario despejar el campo de observación del futuro nacional; la orientación básica del desarrollo nacional ha abierto las fronteras del país al más amplio comercio exterior, y la creciente interdependencia de los Estados impulsa a una similar reacción de los países sudamericanos con el resto del mundo. Todo ello implica para Chile la oportunidad de convertirse en el país

marítimo que su realidad geográfica le ofrece con singulares ventajas sobre cualquier otro esquema de desarrollo; para ello debe decidir, cuanto antes, superar la rémora del peso del día y, levantando su vista por sobre el ras de los potreros, alcanzar la lejana y promisoría línea del horizonte, por donde cruzan las rutas marítimas de aproximación y proyección internacionales, para así sacudir lustros de indigencia geográfica y volcar todo su esfuerzo a crear en los chilenos una mentalidad abierta al desafío espacial de nuestro tiempo.

Especialmente importante es despertar esta visión con sentido de perspectiva, en momentos en que lo espacial está adquiriendo rasgos predominantes; la realidad presente señala que las apreciaciones asignadas a las distancias, que miden el espacio, son actualmente muy diferentes a las del pasado. El mundo es hoy más pequeño y ello da realce a los grandes espacios y no a los reducidos, que pasan a ser insignificantes. En esta era de la velocidad y la superior capacidad de desplazamiento, los pueblos deben saber apreciar los espacios significativos, que son, naturalmente, los extensos. Para un pueblo como el chileno, inconsciente del valor del espacio, es una dificultad muy grande acomodar su percepción de la realidad circundante a estos nuevos parámetros; no obstante, como su inadaptación es de origen cultural, es, afortunadamente, superable, siempre y cuando la sociedad nacional tome conciencia de su deficiencia y decida adoptar las medidas que puedan resolver tan absurda situación y hagan de los chilenos lo que su realidad geográfica les demanda: habitantes consecuentes con su medio geográfico, decididos a aprovechar sus ventajas y a construir su futuro sin violentarlo, esto es, cara al mar.

* * *

El historial de la Armada siempre ha mostrado una clara percepción de lo esencial de nuestra geografía, frente a cuyos fundamentos ha estructurado una amplia visión marítima que, al reflejar su realidad multifacética, ha presentado matices costeros, canaleros, magallánicos, fueguinos, antárticos y, por sobre todo, oceánicos, con todas sus proyecciones omnidireccionales y sus alcances hasta los más lejanos horizontes, pues su único límite ha sido siempre su acentuada capacidad marinera.

La Armada, navegante por esencia, estrategia naval por antonomasia, forjadora del Poder Naval por misión básica e impulsora del Poder Marítimo por vocación, conoce los

espacios geográficos en toda su proyección planetaria y entiende cabalmente la dimensión astronómica en su creciente aplicación humana. Por eso ha impulsado con perseverancia el desarrollo de una conciencia geográfica entre los chilenos y ha propiciado incansablemente una concepción espacial de la relación nacional frente al resto del mundo y al entorno nacional inmediato.

*Otros criterios han interpretado erróneamente esta posición, calificando sus derivaciones naturales como exageraciones injustificadas desde el punto de vista de los intereses nacionales, los cuales quedarían, según piensan, excesivamente expuestos por defender cuestiones que, a la postre, interesarían solamente a la propia Armada. Ante tan infundadas apreciaciones, que evidencian precisamente los nefastos efectos del **peso del día**, es preciso recordar que el acelerado devenir de los tiempos exige anticipaciones oportunas; que en la carrera internacional por alcanzar posiciones seguras para el porvenir de los pueblos no hay segundas oportunidades, y que los errores, si tardíamente pueden enseñar, nunca gratifican.*

Sean cuales fueren los logros que la comunidad nacional haya alcanzado últimamente, la visión geoespacial de la Armada continuará al servicio de la realidad esencial de nuestro país, propiciando para ello la más vigorosa acción de apertura nacional hacia una mayor valoración y dominio de la geografía y sus espacios, en sus múltiples manifestaciones y proyecciones, convencida que su permanente acción en dicho sentido servirá a los intereses nacionales, no sólo ahora, sino muy principalmente en los años por venir.

